

servicios de un orden familiar y reservado, nada corresponde apuntar al historiador, que además poco sabe de estas cosas. Merece, pues, Doña Cristeta sinceras alabanzas; y si hay necesidad de poner algún defectillo para guardar siquiera las apariencias de imparcialidad, dígame que era la camarista muy golosa, y que toda su vida fué apasionada de las yemas y tocinos del cielo; loca por pastelillos, bollos delicados y fruslerías dulces, así como por las copitas de licores finos y aromáticos. Cuando la edad trajo á su estómago cierta rebeldía contra el dulce, usábalo moderadamente, y retrotraída en su vejez á los gustos y travesuras de la infancia, no podía resistir á la tentación de comprar en la calle torrados, anises ó caramelos de la peor calidad: con tales porquerías, que roía y mascaba despacio para no cascar sus hermosos dientes, entretenía el vicio y daba satisfacción al gusto, escupiéndolas después sin dejarlas pasar al buche.

## XIX

Pues un domingo por la tarde, volviendo de una placentera visita en Caballerizas, se corrieron Doña Leandra y Doña Cristeta hacia

la Encarnación con ánimo de rezar; pero tuvo más fuerza en el ánimo de la camarista el apetito de golosinas que la devoción, y lo que hicieron fué comprar torrados y avellanas, y sentarse á roer y mascar y escupir en los propios escalones de la iglesia, como dos chiquillas. A entrambas era muy grata aquella libertad, el perderse entre la multitud sin que nadie las conociera, y respirar el ambiente popular en que habían nacido. Con sus vestiditos de merino negro y su facha de honradas y limpias menestralas, creían desenvolverse mejor en el humano carnaval; y si Doña Leandra se conceptuaba siempre palurda manchega, en medio del bullicio y galas de la Villa y Corte, Doña Cristeta era una demócrata inocente, sin sospechar que pudiera existir incompatibilidad entre sus aficiones plebeyas y su intensísima fe monárquica.

«¡Qué bien estamos aquí—dijo á su amiga,— y cómo me gusta que la tengan á una por nadie, y que no nos hagan ningún *rendibú!* Cuando una ha vivido años y años dentro de la etiqueta, gran suplicio, coge con más gana la libertad... y hasta se alegraría de ser pueblo, como quien dice.

—Pero los que se regostan á palacios—observó Doña Leandra,—no se hallan en ca-



bañas. Y á usted la tira tanto el señorío, que si no pudiera de vez en cuando meter la nariz en la casa grande y oler lo que allá guisan, se moriría de pena.»

Agregó Doña Leandra que le interesaba el casamiento de Su Majestad, por las esperanzas que tenía de trasladarse á Peralvillo en cuanto aquél se celebrara, y pidió á su amiga informes veraces acerca del novio preferido, pues nadie como ella debía de estar al tanto, por la razón de su mete y saca en Reales cámaras y camarines.

«Claro es que lo sé todo, amiga mía—dijo Cristeta;—pero el hábito de la reserva, que fácilmente se adquiere en los palacios, como se aprende la fineza del oído, nos cierra la boca. Si usted quiere que yo abra la mía y le cuente las verdades que sé, ha de prometerme no repetir lo que me oiga, y guardarlo de todo el mundo, hasta de su propio marido.

—Bien puede tener confianza, Cristeta, que yo soy un pozo. A todo me ganarán otras; pero á callar no ha nacido quien me gane.

—Habrà usted oído hablar por ahí de Trápani, de Montemolin, de Aumale, de Coburgo...

—De sin fin de príncipes oigo hablar, que quieren que los casemos con nuestra Reina.

Parece un cuento de niños. Y la verdad, por lo que me dijo Lea, yo creí que el preferido era el de D. Carlos.

—¡Patraña! Los carlistas son tan cándidos que se creen las mentiras que ellos mismos echan á volar. Es un partido de hombres valientes, pero sin malicia. En cuanto á Trápani, si en un tiempo se pensó en él y lo apoyaba su hermana la Reina Cristina, ya está desechado. Es un pobre seminarista de tan poco meollo, que no sabe más que ayudar á misa, y eso mal. ¡Vaya un Rey consorte que nos querían traer! Aumale es muy guapo, muy galán; pero como hijo del Rey de Francia, no puede dar su mano á Isabel, porque las otras potencias son muy celosas entre sí, y si vieran á un francés en el Trono español, no era cisco el que se armaba. Del Coburgo ¿qué quiere usted que le diga? Pertenece á una familia ducal de Alemania que se dedica á la cría de maridos de Reinas, y los proporciona y suministra de todos precios, bien educaditos. Los chicos esos tienen mérito; pero que perdonen por Dios: la Reina de toda una España no es bien que á surtirle vaya en ese mercado. Tampoco hacen camino los príncipes portugueses, por ser de una nación chica, que nos tiene comida toda la parte del occidente de nuestra Península, y además se hallan muy



unidos á la enemiga de toda la cristiandad, que es la Inglaterra, esa puerca, ya lo sabe usted, á quien dan el mote de *la pèrfida Albión*.

—He oído ese mote y otros: á la Francia la llaman *la Monarquía de Julio*. Pártame un rayo si lo entiendo.

—Son maneras de decir de los periodistas. Hay que fijarse mucho para estar al tanto de las muletillas que ahora se usan para nombrar las cosas. ¿Sabe usted lo que es *La Puerta*? ¿Y el *Gabinete de las Tullerías*, sabe lo que es?... Pero no nos entretengamos en esto, y vamos al casamiento, que será conforme á la voluntad de Dios, y tendremos de Rey á un príncipe español, de quien puedo dar informes como no los dará nadie, pues estos brazos le han zarandeado de niño, y estas manos le han dado las sopitas más de tres y más de cuatro veces... ¿y quién sino yo le puso los primeros calzones?

—Ya sé de quién habla usted, Cristeta, pues ya me ha contado que sirvió á esa señora princesa, de cuyo nombre no me acuerdo, hermana de la Reina Madre, la cual fué esposa del Don Francisco que vive en la calle de la Luna, y madre de unos principitos y princesas que no sé cómo se llaman, porque en todo esto de personas Reales estoy yo poco fuerte.

—Es la Infanta Carlota, mi señora, á quien serví desde que á España vino, la que tiene celebridad en todo el mundo por haberle dado á Calomarde la más tremenda bofetada que ha recibido cara de ministro.

—Ya recuerdo lo que usted me contó... Fué brava acción, poner patas arriba á un ministro del Rey, y no creo que se haya visto otra en Cortes de la Europa universal.

—Era un genio tan vivo la Infanta, que no podía ver injusticias y maldades sin correr á ponerles remedio. Su hermana era entonces una cuitada, y si no es por mi señora, le birlan aquellos culebrones la corona de su hija. ¡Ay qué Doña Carlota! Tan fácilmente se le remontaba la sangre á la cabeza por cualquier motivo, que teníamos que contenerla y amansarla: su prontitud nos asustaba, su resolución no admitía réplicas, y si no hubo discordias y altercados en la familia, fué porque mi señor Don Francisco era y es tan bueno, que no ha conocido usted pedazo de pan que se le iguale. Murió la señora en mis brazos hace un año y nueve meses, y aún le llevo luto, porque la quería, y ella por mí tuvo siempre debilidad. Fuí yo la persona de su mayor confianza. Tan buena era conmigo, que me daba licencia para que la aconsejara y aun para que la reprendiera, y yo



fui quizás la única persona que se atrevió á decirle: «Señora, es cosa muy fea que Vuestra Alteza se ponga de puntas con su hermana, y que una y otra se tiroteen con pullas y sarcasmos muy inconvenientes y muy impropios, aunque sean dichos en lengua italiana. ¡Vaya, que dos princesas, la una en el escalón más alto del Trono, la otra en el segundo, tratarse como tales y cuales, siendo además hermanas, y habiendo nacido de Reyes, y en un Trono como el de las Dos Sicilias!...» Su mismo marido no se cuidaba de cortarle los vuelos, porque también él estaba muy quemado con Cristina y los Muñoces, que de ahí le venía la tos al gato, de los intrusos de Tarancón que nos revolviéron todo Palacio... Le cuento á usted, querida Leandra, estas menudencias para que las sepa y calle, pues no es bien que se divulguen, aunque, por arte del diablo, ya salieron en papeles de Francia y de España... Las dos hermanas se adoraban, y luego vinieron á ser el agua y el fuego, porque desde que se casó secretamente, Doña María Cristina daba de lado á mi señora y á los hijos de mi señora... cosa natural, ¿verdad? porque cada cual mira por lo suyo... A Carlota le decía yo: «Resígnese Vuestra Alteza y admita lo que llaman los políticos los hechos consumados. Cierto que la ventolera de Su Ma-

jestad por el buen mozo de Tarancón no está bien si la miramos por el lado Real, ó dígase divino, que cierta divinidad tiene el derecho de los Reyes; pero si miramos el caso por lo humano, pues el fuero de humanidad no puede negarse á las personas coronadas, ¿qué hay que decir? Joven es Cristina y hermosa como un sol, llena de salud y de vida, y tan lozana que no sería discreto negarle segundas nupcias. Y no me diga Vuestra Alteza que fué el demonio quien puso en su camino al D. Fernando Muñoz, joven como ella, guapo y fuerte. Estas cosas no las hace el diablo, que todo ello es composición y concierto de las leyes que llaman naturales. Pues qué, ¿había de estar condenada una mujer como Cristina á recrearse con la memoria del feísimo y mal encarado Rey D. Fernando, que santa gloria haya, y á tener toda su vida el pensamiento embebecido en el recuerdo de las narizotas de Su Majestad y de su Real cuerpo, que en vida dicen que estaba medio corrupto? Esto no podía ser. Pongámonos en lo juicioso y natural. Si Doña Cristina gustaba de alegrar su juventud con un nuevo matrimonio, ¿qué remedio tenía más que tomar hombre, eligiendo el que cautivaba su alma? Dicen que por qué no eligió novio de más alta alcurnia. ¡Ay! el corazón no entiende de jerarquías, y una



vez metida Su Majestad en lo morganático, ¿qué más daba que tuviese cuatro cuarteles ó que no tuviese ninguno? ¿De dónde arranca la nobleza más que de la voluntad de los Reyes? Pues desde el momento en que D. Fernando se introducía en el corazón de la Reina, allí se encontraban todas las ejecutorias, grandezas y blasones, y podía libremente coger lo que más le agradase... Esto le decía yo á mi señora para sosegarla; pero ¡ay de mí no me hacía ningún caso, y á mis razones contestaba con las desvergüenzas de la murmuración corriente acerca de Muñoz. Que si el estanquero su padre, que si la tía Eusebia su madre, que si los hermanos, que si vino, que si fué, que si estuvo de mozo en una tienda para barrer el suelo y fregar el mostrador. Mentiras todo ello, y hablillas de la gente envidiosa, pues con mirar al marido de la Reina Madre y ver su figura, sus modales y elegancia, se ve que es de buena familia y que le han criado en finos pañales.

«Lo peor del caso, amiga querida—prosiguió Cristeta, tomado aliento y limpiado el gaznate,—es que yo, con la mayor inocencia, fui la primera persona que supo en Palacio el devaneo de Cristina, y no sólo fui quien primero le supo, sino algo más, Leandra, pues á

mi me escogió la Providencia, ¡triste sino el míol para que abriese la puerta por donde entró la flecha de Cupido que había de traspasar el corazón de la Reina. Yo llevé á Palacio á la modista Teresa Valcárcel, fundamento de todo este enredo; tras de la modista fué el guardia D. Nicolás Franco, que la cortejaba, y con Franco se coló su amigote Muñoz, bien inocente de que la Reina, sólo con verle, se prendaría de él. De modo que aquí me tiene usted oficiando de *causa histórica*, porque si yo no hubiera llevado á la modista... saque la consecuencia... á estas horas la Historia de España llevaría en sus hojas cosas diferentes de las que lleva. Pues bien: cuando ocurrió lo de Quitapesares... ya se lo he contado á usted... la escena preparada por la Reina para vencer la gravísima dificultad de romper el silencio de amor, y hablar... vamos, á cualquiera le doy yo este compromiso... pues quien primero tuvo en Palacio noticia de tal escena fui yo, por un guarda que vió pasear solos á la Reina y á D. Fernando, y lo refirió á mi marido, que entonces era contador segundo de la Intendencia, y naturalmente, Nicolás me trajo el cuento... Yo, que siempre he mirado á la conciencia antes que á nada, me guardé muy bien guardado el secreto, hasta que empezaron á



correr por Madrid y por Palacio rumores graves, malignos de toda malignidad, como que Muñoz paseaba en una berlina muy elegante y tenía casa puesta, lujosísima; que llevaba en la pechera y en la corbata alhajas pertenecientes al difunto Rey... qué sé yo... Lo de las alhajas lo dudo... yo no las ví, ni he conocido á nadie que las viera... Pero ¡ay! es tan malo el público... ¡Qué perro es el público ¿verdad? y cómo le gusta ver caídas las cosas más bellas, y pisotearlas si le dejan...! No le quiero decir lo volada que se puso mi señora. Finalmente, por las relaciones y amistades de mi marido supe que nuestro amigo D. Marcos Aniano González y el Sr. D. Miguel de Acevedo, pariente de mi Nicolás, andaban arreglando el negocio de casar á la Reina, y la casaron, sí, el día de los Santos Inocentes de aquel año de 1838, lo que no fué poco dificultoso, pues el Nuncio se lavó las manos, y un Obispo á quien trataron de catequizar dijo *fu*... Pero, en fin, hubo matrimonio, y la ley de Dios vino á santificar el caso, y á poner á nuestra Gobernadora en el punto de honradez que le correspondía. Cuando la Infanta lo supo, hube de echar todos los registros para calmarla. «Pero repare Vuestra Alteza en que más que de vituperio es digna de alabanza la Reina, porque de otras hablan las

historias que se divertieron cuanto les dió la gana, guardando el desvarío debajo de siete capas, ó haciendo de él público alarde, con desvergüenza, y ésta empieza por mirar á Dios, por temerle y guarecerse dentro del Sacramento, para que nadie pueda poner en su fama el borrón más mínimo. Celebremos que ello vaya por los caminos cristianos.» Y viendo que éstas y otras razones no bastaban á moderarle el genio, se enclabrinó el mío, que también lo tengo, sí señora, cuando me apuran, y cegándome más de lo que el respeto consentía, me arranqué con la verdad y le dije: «Señora, no sea Vuestra Alteza tan gazmoña, que si Vuestra Alteza se encontrase en caso semejante al de su hermana, lo haría peor.»

«Creí que me mandaría salir de su presencia; pero no fué así. Apagados de repente por aquel súpito mío tan irreverente los fuegos de su enojo, masculló algunas palabras, echóse á reir y hablamos de otro asunto.

## XX

«Volvieron á un trato cariñoso, aunque no muy íntimo, las dos hermanas—prosiguió Doña Cristeta;—pero la enormísima caterva de Mu-



ñices que se nos fué metiendo en la servidumbre, trajo nuevos disgustos. Cuentan que quedó despoblado Tarancón. Los padres, viendo tan bien casado al chico, no habían de ser tan zotes que desperdiciaran la buena ocasión de colocar á todita la familia. Yo me pongo en su caso. A una hermana, la Alejandra, la tuvimos de Camarista; á D. José Muñoz, de Contador del Real Patrimonio, y con ellos vino una reata de parientes, amigos y allegados que no se acaba nunca. Mil desazones ocurrieron, y todo era enojos, piques, desabrimientos; que cuanto más grande es una casa, más fácilmente extienden por ella los malignos la máquina de chismes y enredos. A mi señora la perdió su propio genio desmandado, y de tal modo se descompuso, que ella y su marido el Infante hubieron de salir á destierro, por razón política... ¡Que si Don Francisco de Paula había hociado ó no había hociado con los del *Progreso*...! Embustes, hija, pretextos para echarles de aquí. No pude yo seguir á la Infanta porque mi Nicolás, que atacado venía del pecho desde el año anterior, se me agravó en aquellos días, y su enfermera tuvo que ser hasta que se le llevó Dios. Fué un dolor, ¡ay! Figúrese usted, Leandra, un hombre como un castillo... Pero vamos al cuento. En París, donde no tenía Doña Luisa Carlota quien

le moderase los ímpetus, hizo esta señora ¡pobrecita de mi alma! desatinos enormes. Perdió toda discreción, no sólo contaba sin rebozo á cuantos oíra querían la historieta de su hermana con el caballero de Tarancón, sino que permitió que alguien la escribiese con tales pormenores y malicias, que ello parecía obra del demonio... Se me olvidaba decir á usted que cuando salió desterrada mi señora, no caí yo en desgracia semejante, pues la Reina Cristina, sabedora de los buenos consejos que yo daba á la Infanta, en la casa me dejó, y sirviéndola yo con rectitud, le dí pruebas de mi lealtad á la Real Familia, sin distinción de hermanas. Por esto fué mayor mi rabia cuando me enteraron de las inconveniencias de la otra en París... Vino después la caída de Cristina, despojada de la Regencia por ese pillo de Espartero; la Reina y su hermana quedaron en Palacio como prisioneras del Progreso, hasta que los buenos vinieron á libertarlas y á poner las cosas de la Nación en su lugar. Volvió á Madrid Doña Luisa Carlota, y yo á su intimidad. ¡Ay, qué arrepentida estaba de sus ligerezas! Tal era su pena, que no debemos atribuir á otra causa su muerte prematura. Y motivos tenía la pobre para desesperarse y poner el grito en el cielo. Reñida con su hermana, ya era punto menos que



imposible colocar á uno de sus hijos en el Trono casándole con Isabel II. «Pero, señora—le decía yo, no menos desconsolada que ella,—¿por qué no hizo Vuestra Alteza caso de mí, que mil veces tuve el honor de advertirle que previera este matrimonio?» Y ella bajaba la cabeza humillada, y decía: «tienes razón: he sido una bestia, sí, Cristeta, una bestia»... Pero ya no tenía remedio: la Reina Cristina, que no quería ya cuentas con su hermana, hizo la cruz á los hijos de ésta, Paco y Enrique, borrándolos de la lista de maridos probables de Isabel. Mi señora, que si no modelo de hermanas, fué madre excelente, devoraba su amargura por la condenación de sus queridos niños, y tanto quiso contener, tanto quiso amarrar su genio dentro del alma para no escandalizar, que de ello le vino el arrebato de sangre que remató su vida. ¡Pobre, desgraciada señora! Si pecó de imprudencia y de ira, le habrá valido contra esos pecados su grande amor de madre, y lo breña y generosa que fué siempre para su servidumbre... En fin, Dios la tenga en su santo seno.»

Suspiraron las dos mujeres, y Doña Leandra, que grandemente en aquellas historias se interesaba, preguntó la razón de que habiendo sido descartados los dos infantitos en vida de su ma-

dre, hubieran vuelto á figurar en la lista con probabilidades de triunfo.

«Vámonos de aquí—dijo Doña Cristeta, ya dolorida de la dureza del asiento,—que corre un aire demasiado fresco, y además viene mucha gente á la iglesia: alguien nos ha mirado como extrañando que dos señoras nos sentemos en estos escalones entre la pobreza y los chiquillos. Si á usted le parece, subiremos por la Plazuela de Santo Domingo á la calle de Los Preciados, y en la bollería de Lucas, esquina á la calle de la Ternera, compraré media libra de ciento en boca, para llevarnos á casa y tener algo en que ir picando por el camino.» Así lo hicieron, y metidas en la trastienda de la bollería, donde solas se encontraron sentaditas junto á una redonda mesa, que allí había para los golosos amigos de la casa, Cristeta prosiguió su cuento: «Pues ya verá usted por qué Doña María Cristina, que desde el 44 viene diciendo *Trápani, nada más que Trápani*, ahora dice *Paquito, y nada más que Paquito*. La Providencia, hija, es la Providencia, que protege á España entre todas las naciones, y siempre la saca de sus apuros; es Dios, hablando con más propiedad, quien ha señalado á España el único camino, y quien pone en el Trono, al lado de la Reina, el marido que ha de



hacerla feliz á ella y á todos los españoles...»

Y ávida de cosas dulces, dijo al hombracho que servía: «Mira, Fulgencio, si no tenéis aquí licor de rosa, tráenos dos copitas de la botillería de Beranga.» Paladeando las dos señoras el menjurje, Doña Leandra, toda oídos, se iba enterando de lo que su amiga relataba, que fué así palabra más ó menos: «No había quien de la cabeza le quitase á mi Doña Cristina la obstinación por Trápani, que es su hermanito más pequeño. Según cuentan, los Reyes de Nápoles le criaban para la Iglesia, y en Roma le tenían en una casa de jesuitas; pero, hija, al ver que Cristina quería traérnosle al Trono de las Españas, se les remontaron los humos, y ya no se pensó más que en enseñar al niño á montar á caballo y á tirar las armas, cosas muy distintas de la santa religión. El chico es bueno, según parece; pero aquí no ha caído bien su candidatura, por lo que dicen de que gastaba sota-na. Ni España quiere acá más napolitanos, ni á las potencias, que son las naciones, para que se vaya usted enterando, tampoco les hace gracia que sea esposo de Isabel II ese doctrino. Cuando llegó aquí la Reina Madre, se nos dijo en Palacio que era un hecho lo de Trápani, y no ha sabido la señora tocar otra tecla hasta hace pocos días. El Rey de Francia y su mujer

la Reina Amelia, tía de Cristina, dijeron: «fuera Trápani», y por sí y ante sí entraron en tratos con las Reinas, sin hacer caso del Gobierno español. ¿Recuerda usted, Leandra, que hace unos días, cuando pasábamos del patio de Palacio á la Plaza de la Armería, vimos á un señorón que bajaba por la escalera grande, seguido de unos caballeros elegantes, y entraba en su lujoso coche...?»

—Me dijo usted que era el Embajador de Julio, digo, de Francia.

—El señor Conde de Bresson, un caballero que es la misma finura, más listo que la pólvora, y de tanta agudeza que si España fuera el ojo de una aguja, por él se meterían con la mayor sutileza el Embajador, el Rey Luis Felipe y toda la Francia. Este señor es el que lleva la intriga de los casamientos por sí y ante sí, sin cuidarse para nada del Gobierno, atento sólo á su rival y contrincante el Embajador de Inglaterra, que es un tal *Mister Bullwer*.

—Como una no sabe de estas cosas—dijo Doña Leandra con la mayor candidex,—yo ¿qué me creí? que la Reina primero, y después su familia y el Gobierno de acá, determinaban lo del casorio, y que las potencias terrenales no tenían por qué meterse en ello.

—¡Ay, amiga mía! no se casa una Reina en



lo que se persigna un cura loco. El Rey de Francia puede mucho, y tiene que mirar por su reino y por la familia de Borbón, y antes que consentir que la Inglaterra meta el rabo en las cosas de esta familia, armaría una gran guerra... ¡Ay! estemos bien con la Francia, que nos quiere, y por lo mucho que nos quiere nos pegará si nos descuidamos. *El viejo de las Tullerías*, como en la casa grande se le llama, ha cerrado ya trato con nuestra Familia Real. Ha eliminado á todos los príncipes extranjeros y al D. Carlitos Luis... *Eliminar* es lo mismo que decir *quitar de en medio*... ha decidido que Isabel se case con uno de sus primos, los hijos de D. Francisco y de mi señora, y que Luisa Fernanda dé la mano á un príncipe francés... Esto lo han determinado ayer, y todavía no se ha hecho cargo el público, ni el Gobierno mismo, ni nadie. Yo lo sé, y á usted se lo cuento con encargo especial de que no diga esta boca es mía.

—¡Quitar de en medio al hijo de D. Carlos! —exclamó Doña Leandra con susto.—¿Y qué dirá de esto el Austria?

—¡El Austria! Valiente caso hacemos aquí del Austria.

—¿Pues no es una nación de muchísimo poder, y con un gran ejército de tropas austriacas?

—Puede ser y es de cuidado, sí señora; pero está muy lejos.

—¿Cae hacia la parte de las Dos Sicilias?

—No señora; más arriba: sube usted por la Italia; tuerce usted á mano derecha, y detrás de los Alpes, allí está. La Francia es vecina nuestra, y puede más, más; como que la tenemos ahí...

—¿Dónde?

—Hija, en la frontera de Francia, asomada á las ventanas ó almenas de unos murallones que llamamos Pirineos.

—Pues las calabazas que dan á D. Carlos Luis no le sabrán bien al Padre Santo.

—Ya se arreglará todo por nuestros obispos, que no son ranas. Hoy por hoy, téngalo usted por tan cierto como que éste es día, no hay más consorte de la Reina que Paquito, lo que no es corta felicidad, pues de sus condiciones excelentes puedo dar fe, y de sus virtudes para Rey y marido.

—¿Y no hubo cuestiones por si preferían á este hermano ó al otro?

—No, señora, porque á Enrique le dió de lado el Rey de Francia. Es también muy bueno, y sabe mucho, vaya... los dos estudiaban sus leccioncitas á competencia... ¡qué gozo de hijos! y no desmerecen uno de otro en aplicación y



caballerosidad. Pero Francisco, que siempre fué muy metido en sí, tuvo el acierto de cerrar el pico en estas cuestiones y no meterse en nada, mientras que Enrique, soliviantado seguramente por malos consejeros, se puso á jugar á la politiquilla, y enredando, enredando, como quien dice, largó un manifiesto á la Nación... ¡pobre ángel! Lo que yo digo: ¡quién meterá á estos muchachos en la simpleza de echarle chicleos á la Nación!... No crea usted que se anduvo en chiquitas. Que si la Libertad, que si los principios, que si tal... que si la Europa... Vino á decir que los reyes deben tener en una mano el *Progreso* y en otra el *Orden*. En fin, que por estas pamplinas el pobre chico se cayó en la fosa y le han descartado. La plaza de marido de Isabel II se la gana el primogénito por no meterse en dibujos. Dios protege á los callados. ¡Vivan Isabel y Francisco! y denos una cáfila de príncipes robustos, guapos, listos, buenos españoles y buenos cristianos. El Trono, el Orden y la Religión están de enhorabuena, que para mirar por todo le sobran virtudes al niño... Así le llamo porque su infancia graciosa no se aparta de mis recuerdos, y para mí, aunque grande le vea, sentado en el Trono, con todo el arreo correspondiente, siempre será el que tantas veces arrullé en la

cuna; el que cargué en mis brazos, entretenién-dole con cualquier juguete; el que ví luego tan aplicadito á las lecciones, tan bien ordenado en sus cosas, que todo lo guardaba y coleccionaba, libros, estampitas, papeles, sin permitir que nada se le tocara; el que nunca pronunció palabra fea, ni gustó de compañía de mujeres ni de juegos indignos entre hombrachos; el que siempre fué la misma pulcritud, y por lo tocante al alma, piadoso como ninguno, con una constancia en las devociones impropia de su edad...»

Tanto prodigó Doña Cristeta los toques li-sonjeros en la pintura, que á Doña Leandra se le despertó curiosidad de conocer al bello y virtuoso joven, presunto dueño de Isabel II, y manifestó á su amiga deseos de verle, aunque fuese por la rendija de una puerta; á lo que respondió la camarista que á la sazón estaba el infantito fuera de Madrid, en militar servicio; pero ya se le había mandado venir, para que él y su novia se tratasen y vieses á menudo, aproximación necesaria de dos almas que debían arder juntas en la llama del amor conyugal...

Ya no hablaron más en la bollería, porque se vino encima la noche, y las dos señoras, con sendos paquetes de *ciento en boca*, tomaron la vuelta de Jacometrezo para dirigirse, no al do-



micilio de la Carrasco, sino al de la Socobio, en el número 14 y 16 del Caballero de Gracia, donde habían concertado cenar juntas. Así lo hicieron, esmerándose la palaciega en dar todo el esplendor posible al obsequio, y mientras cenaban y de sobremesa, no cesaron de picotear, hasta que llegó el chico mayor de Carrasco á buscar á su madre. Eran las doce. Casi al mismo tiempo que Doña Leandra entraron en la casa Eufrasia y Lea, que venían del Circo, donde habían visto el estreno de *Juana la Prisca*, de Donizetti, por el gran Moriani. La ópera, según dijeron, era ligerita; Moriani había cantado como un ruiseñor, y la Gruitz lució un traje de superior gusto y elegancia.

## XXI

Si el ardiente amor á la tierra natal y la fatalidad de vivir lejos de ella no fueran bastante motivo para que la pobre Doña Leandra aborreciese á Madrid, sería la confusión de ideas y el laberinto de opiniones que hacían de la Corte de las Españas un pueblo de locos. Vivían aquí las personas para pelearse de continuo por lo chico y lo grande, disparando unas con-

tra otras fuego mortífero de recriminaciones, ironías y dicharachos, ya por un desacuerdo en el modo de apreciar las piruetas de la Guy Stephan, ya por el problema político y monárquico del casorio de la Reina, y por el valimiento y calidades de cada uno de los novios ó candidatos. En su propia casa vió la buena señora una muestra de la general discordia, que fué para ella motivo de gran amargura, porque eran sus hijas las que reñían, y casi casi se tiraron de los pelos en una furiosa reyerta y examen de pretendientes al regio tálamo. Con autoridad enérgica las hizo callar mandándoles que mirasen á las obligaciones domésticas y no se metieran en lo que no les importaba. Y el mismo día en que estas terribles querellas ocurrían, en ocasión que la señora remendaba su ropa, única labor que aliviaba sus tristezas, llegóse á ella Eufrasia, y revolviendo trapes y rebuscando botones, le dijo:

«Ya no volveré á reñir con Lea, porque ella es algo simple de por sí, y ese retrógrado de Tomasito, ahora metido entre carlistones, le ha llenado la cabeza de viento. ¡Miren que hablanos de D. Carlos Luisito como el único consorte posible! ¡Y salimos con que así será porque lo quiere el Austria! Yo, que estoy entera de todo, le contaré á Su Merced lo que